

MARTIN RUA

Las nueve llaves
del anticuario

Título original: *Le nove chiavi dell'antiquario*

Primera edición: 2016

© 2013 Newton Compton editori s.r.l.

© traducción: Miguel Ros González, 2016

© de esta edición: Bóveda, 2016

Avda. San Francisco Javier 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

www.editorialboveda.com

ISBN: 978-84-16691-24-1

Depósito legal: SE. 1196-2016

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

Prólogo. Reelaboración de la <i>Chronica Gondemarensis</i>	13
--	----

LIBRO PRIMERO

1. Un día perfecto.....	21
2. Operación Amanecer: el lobo está atrapado	44
3. De la luz a las tinieblas	49
4. Operación Amanecer: en el corazón del Reich	73
5. El despertar	76
6. La misión – PRIMERA PARTE.....	99
7. La niebla se disipa	115
8. La misión – SEGUNDA PARTE	124
9. Una querida amiga	127
10. La misión – TERCERA PARTE	142
11. La caja fuerte secreta	157
12. La casa de los horrores.....	171
13. El santuario del Reich	182

LIBRO SEGUNDO

14. El eléboro, la azucena y la aguiluña	189
15. El misterioso señor Navarro	196
16. ¡Búscame, Lorenzo, búscame!.....	202
17. El código Bafomet.....	207
18. Viaje a Kiev.....	218

19. La tumba de Néstor	228
20. Olvido	236

LIBRO TERCERO

21. La emboscada	243
22. Secretos de familia	247
23. El hombre enmascarado	258
24. El implante	262
25. Bastian	269
26. La caja fuerte de Navarro	272
27. Woland	282
28. El Grupo 9	285
29. Villa de las Quimeras	293
30. Un valioso aliado	298
31. ¿Quién es Camille?	303
32. Trastevere	309
33. El mitreo de Santa Prisca	313
34. Villa Gondemar	318
35. La última cruzada	330
36. El secreto de Sean	332
37. El enésimo engaño	343
38. Terroristas	352
39. Arma letal	360
40. Caballeros de las nieblas del tiempo	366
41. Carrera a contrarreloj	379
42. Jimmy Choo	389
43. Ataque a Roma	391
44. El intocable	396
45. El arzobispo de La Plata	402
46. Manos atadas	405
47. El ídolo templario	408
48. Cita	415

49. El hijo del trueno.....	418
50. Fuera máscaras	426
51. Oscar y Volta entran en acción	432
52. Historias de servicios secretos	436
53. <i>Non nobis, Domine, non nobis, sed nomini tuo da gloriam....</i>	449
54. El Guardián del Umbral	458
55. Las alas de la muerte	468
56. El anillo de los Borgia	473
57. La Puerta Alquímica	481
58. El cuervo.....	490
59. Una noche espléndida	492
Epílogo.....	496
Nota del autor	498
Agradecimientos.....	501

*A mis padres,
que me permitieron seguir siendo niño*

*A Mario Buonoconto,
que un día me abrió las puertas del Templo*

*A Yuliya,
que tiene en los ojos el río Dniéper
y en el corazón una poesía*

PRÓLOGO

REELABORACIÓN DE LA *CHRONICA GONDEMARENSIS*

Manuscrito templario del siglo XII hallado en Pontarlier,
actual Franco Condado
Jerusalén, 1118

«¡A PARTAD ESAS PIEDRAS Y APUNTALAD CON
cuidado la galería antes de que nos caiga
todo encima!».

La voz del capataz, un hombre imponente, con una espesa barba blanca y el rostro surcado por el tiempo, el polvo y el sol, tronó en el espacio angosto mientras los excavadores apartaban los últimos obstáculos que impedían continuar con los trabajos.

Ya llevaban semanas excavando y aún no habían hallado ni rastro de lo que, según los indicios recogidos y los documentos, tenía que estar sin duda allí abajo. Habían dado con una gran cantidad de restos de la época romana, huesos y fragmentos de vajilla, pero nada que hiciese pensar que estaban buscando en la dirección correcta.

El rey se había mostrado entusiasta y recibió con una sonrisa la iniciativa de fundar una nueva orden. Les había permitido ocupar una parte del palacio real y trabajar a su antojo, sin ninguna molestia, en los cimientos de

lo que otrora fuese el gran templo. Sin embargo, el rey ignoraba la verdadera intención de esos hombres, a los que tenía por valerosos y píos monjes guerreros, resueltos a defender a los peregrinos.

«Maestro, puede que lo hayamos encontrado», dijo uno de los trabajadores, ya al límite de sus fuerzas.

La última capa de la pared que estaban picando parecía haber cedido, y una corriente de aire frío invadió la galería, haciendo temblar las antorchas. El maestro se acercó al agujero con un candil y alumbró el interior. Tras unos segundos se giró hacia los excavadores: en su rostro se dibujaba una expresión triunfante.

«Todo el mundo fuera, avisad al maestro Hugues».

Los peones obedecieron. Eran hombres entregados a la causa de la orden naciente, comprometidos en un juramento secreto que incluía esas misteriosas excavaciones.

Aunque confiaban en ellos, los nueve caballeros fundadores determinaron que los excavadores no viesan lo que iban a encontrar. El capataz esperó a que todos salieran de la galería antes de apartar con sus propias manos los últimos escombros que obstruían el paso y entrar en la gruta oscura.

La sala, fresca y húmeda, era una amplia cámara excavada en la roca, cuyo techo estaba sostenido por gruesos pilares toscamente esculpidos. Encendió varias antorchas y las introdujo en los soportes de metal que despuntaban aquí y allá, antes de inspeccionar el lugar. Llamaron inmediatamente su atención unos símbolos grabados en los pilares que sostenían la bóveda, acaso dejados por los alba-



ñiles que excavaran esa sala en la roca, picapedreros que vivieron al menos dos mil años atrás. Había escuadras y martillos, pero también símbolos más herméticos, letras de un alfabeto secreto, quizá. A lo largo de las paredes, ocho imponentes sarcófagos de piedra esculpidos con tosquedad. En cada uno de ellos, un símbolo grabado. Al fondo de la sala, en fin, se veía un noveno sarcófago. El capataz se acercó y distinguió los dos símbolos que revelaban, sin lugar a dudas, la identidad de quien allí yacía.

«Por fin...».

Justo en ese momento oyó unos pasos a su espalda y se volvió de golpe: ocho hombres con túnicas de trabajo acababan de entrar en la gruta. A la cabeza, un individuo cuya mirada desprendía una luz particular, una determinación que solo ostenta quien tiene la responsabilidad del mando. Y sin embargo, esa determinación y esa rigidez parecían matizadas con bondad y misericordia.

El capataz se quedó en silencio junto al noveno sarcófago, mientras los demás se acercaban con una lentitud reverencial.

—¿Es él? —preguntó el hombre que encabezaba el pequeño grupo recién entrado.

—Yo diría que no cabe duda, hermano Hugues.

Hugues se acercó al sarcófago y pasó la yema de los dedos por los dos símbolos; uno de ellos, la rama de acacia, representaba al mítico arquitecto del Templo de Salomón. Luego se giró para observar los ocho sepulcros de similar factura. Al final, sus ojos se posaron en la pared tras el sarcófago principal, donde había un nicho excavado en la roca cerrado por dos puertas de bronce.

—¡Vamos a abrirlo, hermanos!

Dos de los presentes se acercaron al nicho e intentaron forzar las puertas con una palanca de hierro. Tras unos segundos, esas hojas con milenios de antigüedad se abrieron, revelando un cofre de forma cúbica que inundó de destellos dorados toda la gruta. A su lado, una tablilla de piedra grabada. Los dos hombres la cogieron con cautela y se la entregaron al hermano Hugues. Sus ojos la estudiaron antes de pasársela al fraile que había a su lado.

—Está escrita en la antigua lengua de los judíos, hermano Alain. Intenta descifrarla.

Alain, uno de los más ancianos del grupo, era un gran lingüista, conocedor de las lenguas antiguas más variadas. Con sus grandes ojos marrones recorrió rápidamente la inscripción de la tablilla y, tras unos segundos de concentración, intentó traducirla:

—«Nueve llaves para nueve símbolos para nueve custodios, para que los ojos del guardián queden sellados para siempre». No dice nada más.

Todos se intercambiaron una mirada que revelaba los miedos despertados por esa inscripción. Todos menos Hugues, cuyos ojos seguían pasando de un sarcófago a otro. «Nueve llaves para nueve custodios... Vamos a abrir los sarcófagos, ¡rápido!».

Se pusieron manos a la obra, y una tras otra fueron destapando las nueve sepulturas. La última fue la del arquitecto del templo. Junto a los restos de los constructores y custodios míticos, y los valiosos ropajes y adornos sepultados con ellos, cada tumba contenía una pequeña llave de oro con una forma caprichosa, que no culminaba



en la típica hoja dentada, sino en un símbolo, una especie de sello. Dentro del sarcófago del arquitecto también hallaron un triángulo de oro, con una larga fórmula grabada.

El maestro Hugues lo cogió con delicadeza y, de nuevo, se lo entregó al hermano Alain, que lo examinó rápidamente y, con un rostro mezcla de inquietud y emoción, dijo:

—Es el ritual, lo explica todo.

La expresión del maestro Hugues se tornó determinada; dirigiéndose a los demás, dijo:

—Hermanos, nadie podrá tener acceso a esta inscripción, a las llaves y, sobre todo, al cofre, jamás. Nadie, ni siquiera el pontífice, ni el hombre más pío, ni el que viva en la plena gracia de Dios. Pues nadie, jamás, será capaz de resistir su fuerza inmensa. Nadie, salvo nosotros.

Los otros se miraron, sorprendidos y asustados.

—¿Por qué no lo destruimos para siempre, maestro Hugues? —propuso uno de ellos.

Hugues se quedó unos segundos pensativo, con la mirada clavada en el cofre.

—Sí, eso sería probablemente lo mejor. Pero jamás nos perdonaríamos haberlo hecho si su interior alberga lo que puede darnos la victoria sobre los infieles.

Los otros asintieron, pero en su semblante se leía una expresión grave.

Tras unos segundos, Hugues retomó la palabra:

—Como gran maestro, yo asumo la responsabilidad de proteger este hallazgo y estudiarlo. Cada uno de noso-

tros conservará una llave y un símbolo; nosotros, que somos los nueve fundadores de nuestra orden, como nueve eran el arquitecto y sus acompañantes en su último viaje, que custodiaron también su secreto más terrible. Vamos a recogerlo todo y sellar para siempre la gruta.

LIBRO PRIMERO

UN DÍA PERFECTO

Acontecimientos reconstruidos por Lorenzo Aragona
Nápoles, diciembre de 2012

EL DÍA HABÍA EMPEZADO COMO DIOS MANDA: DORMÍ a pierna suelta hasta que los hilos de luz acariciaron las mantas, despertándome con suavidad.

Tras desperezarme, me incorporé y miré a mi alrededor, satisfecho. Ya faltaban pocos días para Navidad y hacía muchísimo frío en la calle, pero la luz que se posaba sobre los muebles era intensa y anunciaba un tiempo espléndido.

«Se presenta un magnífico solsticio de invierno».

Mi mujer ya se había levantado, pero yo aún tenía sueño y volví a meterme bajo las mantas, perezoso, retrasando el momento de abandonarlas durante las próximas catorce horas. No me levanté hasta que el aroma familiar y embriagador del café llegó, a traición, y me convenció para ir a la cocina.

Àrtemis estaba junto a los fuegos. Me acerqué y le di un beso en el cuello, mientras ella seguía dándole vueltas al café.

—Buenos días, cariño, ¿has dormido bien?

—De fábula, diría yo. De no ser por el olor del café me habría quedado un ratito más enterrado debajo de las mantas.

Mi mujer me dio un abrazo y me plantó un beso pasional, que me pilló casi por sorpresa.

—¿De verdad? ¿Y te habrías quedado en la cama sin mí...?

Con un gesto rápido de la mano se soltó la bata, que cayó al suelo, y la tuve desnuda entre mis brazos.

—Mujer, si te pones así... —Y volví a perderme entre sus rizos negros.

Parecía que el invierno había llegado cargado de un cuévano prometedor, con todos sus aromas, sabores y placeres. Eso debería bastar de por sí para estar de buen humor. Sin embargo, desde hacía un tiempo unas extrañas pesadillas —sueños de alto voltaje, mejor dicho— ocupaban mis noches, aunque el recuerdo casi siempre se desvanecía al despertar.

Mi extrema sensibilidad me había vuelto particularmente receptivo a determinadas señales del subconsciente y a determinados fenómenos fuera de lo común, por así decirlo. De hecho, más de una vez, durante mis incursiones en el mundo esotérico en busca de objetos misteriosos, los sueños habían esclarecido acontecimientos que, de lo contrario, me habría resultado difícil comprender. Estaba acostumbrado, en resumidas cuentas, a tener una vida onírica bastante movidita.

En cualquier caso, para tener un poco controlada mi mente turbulenta empecé a tomar pastillas, que habría



olvidado cada mañana si Àrtemis no estuviese ahí para metérmelas prácticamente en la boca.

—Eres incorregible hasta la médula, Aragona —me dijo también esa mañana, llamándome por mi apellido, como hacía siempre que quería reprocharme algo, mientras me acercaba a la puerta de la casa un vaso de agua y la pastilla mágica.

Bebí un sorbo y me tragué la pastilla, luego agarré a mi mujer y la besé con pasión.

—Lo sé, ¡por eso me quieres!

Ella me sacó de la casa de un empujón, con una sonrisa maliciosa.

—Anda, tira por ahí, marchante, ¡que voy a llegar tarde a la universidad!

¡Ah, mi Àrtemis! Era el ídolo de sus alumnos, una especie de Indiana Jones con falda, siempre lista para meterse en líos con tal de demostrar una de sus teorías. Era una de las pocas estudiosas del mundo que había logrado descifrar la oscura lengua de los antiguos habitantes de Creta, la lineal A, y sin duda una de las primeras en poder leerla, ganándose el aprecio de sus colegas investigadores de todo el mundo. El vínculo con su tierra natal, Grecia, la dotó de una especie de oído absoluto para todo lo helénico. Había dejado en ridículo a más de una lumbrera con sus teorías extremas, incendiando el panorama académico con decenas de publicaciones pioneras. Era extraordinaria, hermosa como una de las bailarinas del palacio de Cnosos, con sus maravillosos rizos negros y su mirada felina, intensa como los abismos del Egeo. La adoraba.

Dejé a mi griega enredada con sus preparativos matutinos y antes de coger el coche pasé por mi quiosco predilecto.

—Buenos días, Fausto. El de siempre, por favor.

—Aquí tiene, señor Aragona. Que pase usted un buen día.

La cordialidad de Fausto siempre me ponía de buen humor, aunque luego el tráfico infame del centro, las pocas veces que decidía ir en coche en lugar de subir al funicular, podía sumirme en la desesperación más absoluta. Pero ese día todo parecía ir sobre ruedas. Efectivamente, en el trayecto hasta mi galería de arte me crucé con poquísimos coches, ni un solo atasco. Curioso, teniendo la Navidad a las puertas.

Sin embargo, esa mañana no tenía ninguna gana de hacerme demasiadas preguntas, y me dejé acariciar por la dulzura de ese día perfecto.

Al entrar en la tienda encontré a Bruno, mi socio, en plena negociación para vender una valiosísima y costosa consola Luis XVI. El día parecía haber empezado con buen pie también en el frente de los negocios. Saludé al cliente, un viejo conocido, y me dirigí a una pequeña oficina que teníamos en la trastienda.

Al cuarto de hora, Bruno entró con una sonrisa radiante. Apoyó las manos en el escritorio y me acercó su rostro anguloso, que me recordaba mucho a Chopin. Esos ojos pequeños y oscuros me miraron con una insistencia penetrante.

—Buenos días otra vez, socio. Parece que he establecido un nuevo récord de ventas: he abierto hace tan



solo media hora y el señor Ciliento ya ha firmado el primer cheque para la adquisición de la consola.

—Siempre he dicho que eres un vendedor extraordinario.

—Ah, ¿así que solo soy un vendedor? Entonces tú eres solo un marchante.

—Quisquilloso como siempre... Está implícito que también eres un gran anticuario, con olfato para las piezas raras.

Bruno asintió con una expresión seria dibujada en la cara.

—Así está mejor.

Mi amigo y socio, Bruno von Alten, de padre alemán, era un hombre muy elegante y un anticuario extraordinario. Y también un excelente pianista de *jazz*. Cuando no estaba en la galería, estaba ensayando con su trío o subido a algún escenario de gira por Europa. Un gran tipo.

Esa mañana había cerrado la venta de una consola del siglo XVIII fabricada por la escuela de Jean-Henri Riesener, un alemán que se trasladó a Francia y se convirtió en ebanista de la corte en 1774. La mitad de los muebles expuestos en Versalles que pertenecieron a María Antonieta son obra suya. A Bruno le encantaba proponer a sus clientes piezas fabricadas por artistas alemanes, una especie de homenaje a la memoria de su padre, muerto cuando él tenía veinte años. También le chiflaban los muebles de finales del siglo XVIII, y cada vez que vendía uno hacía una especie de teatrillo, dando muestras de dolor por tener que desprenderse de él.

Como es natural, yo no tenía nada que objetar mientras hiciese negocios ganadores. Además, yo mostraba ese mismo afecto por otro estilo, que él, esnob empedernido, definía como una vulgaridad pura y dura.

—¿Cómo puedes comparar el estilo Luis XVI con esa porquería de *art nouveau*?

Yo me encogía de hombros, negando con la cabeza.

—Tu problema es que nunca te has renovado, mi querido amigo. Los estilos cambian, se experimentan cosas nuevas.

Pronunciaba esas palabras durante nuestras frecuentes polémicas con poca convicción, pues yo era el primero en rechazar el arte y la arquitectura contemporáneos. Para mí todo acabó en los años treinta en Estados Unidos, con el *art déco*, y el *art nouveau* me parecía la máxima síntesis entre antiguo y moderno. Era mi estilo preferido, como demostraba mi casa, un triunfo de volutas y flores, lámparas de cristales coloridos y muebles de estilo Guimard. Que él aborrecía.

Bruno se sentó a su escritorio y abrió el registro de ventas, encendiendo al mismo tiempo el ordenador: acostumbraba a escribirlo todo a mano y conservar los recibos originales y los otros documentos importantes en la caja fuerte de su casa. Miraba la impresora con recelo, y decía no fiarse de ese chisme infernal llamado ordenador.

—¿Te he dicho ya que te quedaste en el siglo XVIII? ¿No quieres renovarte?

—El día en que tu ordenador o tu impresora decidan dejar de funcionar, vendrás llorándome, implorando que te deje ver mis papeles *inútiles*. Entonces descorcha-



ré la botella de coñac *fine champagne* más cara y me echaré unas risas a tu costa.

—Trato hecho. Yo haré una excepción al veto de beber absenta que me he impuesto y además brindaré contigo con un vino blanco español que tengo reservado.

—Muy bien —concluyó Bruno—. Ahora que ya hemos hablado de licores, si no te importa, me gustaría hacer un control cruzado de los objetos vendidos, las opciones de venta y las piezas a las que hemos echado el ojo últimamente.

Abrí los brazos, desesperado.

—¡Pero si lo hicimos ayer!

—Pero ayer aún no habíamos vendido la Riesener.

A la una fui a comer con Àrtemis a la *trattoria* Donna Teresa, mi favorita, a pocos minutos de casa. Estaría dispuesto a hacer kilómetros para saborear sus platos genuinos, y aunque l'Églantine, mi galería de antigüedades, estaba en el centro, subía con mucho gusto al barrio de Vomero en la pausa para el almuerzo.

—Señor Aragona, hoy tenemos pasta al horno, sopa de judías y escarola y un maravilloso *risotto* de col.

Cuando Teresa, la nieta de la legendaria fundadora de la *trattoria*, enumeraba los platos del día, para mí era como escuchar la lectura de un poema: era poesía, pura poesía gastronómica.

—Para mí *risotto* —dijo Àrtemis, adelantándose a mi elección.

—Que sean dos, gracias, Teresa.

La chica tomó nota y se marchó.

—Y bien, ¿cómo ha ido en la tienda?

—Por Dios, no la llames *tienda*, ya lo sabes —dije levantando las manos, como si quisiera protegerme—, si no Bruno aparece por arte de magia y te echa uno de esos sermones teutónicos insoportables. L'Églantine es una galería de antigüedades.

—Vale, no quería ofenderte...

—Cómo vas a ofenderme, cariño. Aunque la verdad es que, de no ser por Bruno...

—Exacto, ya puedes ir dándole las gracias. No hace falta que te recuerde que en tu escritorio prolifera una colonia de objetos extraños, que bien podrían llevar años ahí amontonados.

—¡Qué exagerada! Soy anticuario, para mí es normal acumular y conservar. Así es como las cosas adquieren valor.

—Ya, la excusa de siempre.

Cuando Teresa trajo nuestros platos, dejé de lado las demás cuestiones y me concentré en acabar con todo el *risotto*, grano a grano. Antes de bajar la mirada y hundir el tenedor en la col cremosa, algo, o mejor dicho, alguien junto a la entrada de la *trattoria* llamó mi atención. En efecto, me percaté de que una hermosa chica rubia tenía los ojos clavados en mí. Nos intercambiamos una mirada que se me hizo larguísima y en un instante me transmitió una sensación de incomodidad. Me daba la impresión de que no solo me estaba mirando, sino que quería decirme algo.

Al percatarse, Àrtemis se giró mecánicamente hacia la puerta, pero la chica ya había desaparecido.



—¿Qué pasa, qué has visto?

Preferí no despertar sus celos y mentí.

—No, nada, me ha parecido ver a un conocido. Vamos a comer, no es nada.

Después del almuerzo acompañé a Àrtemis a la universidad, antes de encaminarme de vuelta a l'Églantine. Estaba a punto de llegar cuando, de repente, lo que hasta entonces me parecía un día perfecto tomó un cariz inesperado.

Estaba recorriendo Via Chiatamone, rumbo al aparcamiento donde iba a dejar el coche, cuando del patio interior de un edificio salió una moto que me cortó el paso. No pude esquivarla y la embestí de lleno, con lo que el conductor acabó por los suelos.

«¡Me cago en la puta!», exclamé presa del pánico, saliendo a toda prisa del coche. Por suerte no pasaba nadie en ese momento, así que pude socorrer al conductor sin problemas. Estaba delante de mi coche, yaciendo junto a la moto.

«¡Dios, que no le haya pasado nada!». Me agaché para ver mejor y me di cuenta de que se trataba de una joven. «¿Me oyes? Ey, ¿estás bien?».

Levanté la visera del casco y la chica abrió inmediatamente los ojos, dos intensos lagos azules que se clavaron en los míos. Entonces me percaté de que esa cara me sonaba de algo, de que ya había visto esos ojos en algún sitio.

«¡La puerta de la *trattoria*! ¡Es ella!», pensé.

Antes de que pudiese abrir la boca, la joven me metió algo en el bolsillo; al instante se incorporó con un ges-

to felino, levantó la moto como si nada —¡ni que fuese una bicicleta!— y se marchó a toda prisa antes de que yo reaccionara siquiera.

Miré a mi alrededor. Al parecer, nadie se había percatado de nada, así que, un tanto confundido, volví al coche. Intenté tranquilizarme respirando profundamente, arranqué y entré en el aparcamiento.

En cuanto me vio, en el rostro de Bruno se dibujó una expresión seria.

—Lorenzo, parece que has visto un fantasma. ¿Estás bien?

Me desplomé sobre el sillón de mi escritorio y le conté lo del accidente. Al principio mostró una expresión excesivamente tensa, pero se recompuso al instante.

—Menos mal que no ha pasado nada, estaba preocupado. Venga, vamos a trabajar.

Lo miré fijamente, incrédulo.

—¿Pero cómo puedes decir que no ha pasado nada? He estado a punto de matar a una chica, que se ha largado *ipso facto* sin que pudiese comprobar si estaba bien o no.

Bruno se encogió de hombros.

—A lo mejor era una quinqui, Lore.

Puede que restar importancia al accidente fuese lo mejor, pero antes de convencerme tenía que comprobar algo.

—Hombre, a lo mejor llevas razón. Voy a lavarme la cara.

Me encerré en el baño y saqué la notita que la chica me había metido en el bolsillo, que decía:



Nos vemos a las 18:30 en el pequeño bar que hay al final de Via del Parco Margherita, en la esquina con Corso Vittorio Emanuele. No falte a la cita, es de vital importancia para usted.

Me quedé unos segundos mirando el trocito de papel, intentando reordenar las ideas y comprender si estaba soñando o todo era verdad. ¿Y si el accidente hubiese sido una ficción? ¿Y si la chica solo quería meterme ese mensaje en la chaqueta? Volví a guardar el papel en el bolsillo y salí del baño. Frente a la puerta, cual aparición, me encontré a Bruno, que me escudriñaba con una mirada seria.

—¿Seguro que estás bien, Lorenzo?

Me llevé una mano al pecho y lancé un suspiro.

—¡Joder, qué susto! Claro, estoy bien, tú tranquilo.

—Sí, vale... Solo estaba preocupado. Mejor no pensar en el accidente, ¿verdad?

Asentí, perturbado.

—Claro, mejor no pensar en eso. No pasa nada.

—Perfecto. Escucha, tengo que salir un momento, tú te quedas aquí, ¿no?

Bruno nunca salía de la galería, no lo haría ni en pleno bombardeo. Pero lo que parecía un día perfecto se había convertido en un tremendo lío, así que dejé de sorprenderme.

—Vale, tú a tu ritmo, no hay prisa.

Bruno se ausentó casi una hora, sesenta minutos en los que intenté recomponer los fragmentos de esa extraña experiencia y tomar una decisión sobre la cita que esa des-

conocida me proponía. ¿Debería ir o no? ¿Y qué quería decir «de vital importancia para usted»? Sí, en los últimos años había vivido un número considerable de aventuras en ese mundo misterioso de disciplinas esotéricas que tanto me interesaba; solía meterme en líos, arrastrando conmigo a la pobre Àrtemis. Había visto con mis propios ojos rituales antiguos que seguían practicando sectas secretas, había hallado amuletos dotados de poderes desconocidos y había estudiado códigos que más valdría dejar criando moho en bibliotecas perdidas. Sin embargo, hacía no mucho tiempo había resuelto que no merecía la pena correr demasiados riesgos persiguiendo leyendas y sueños. Ya me consideraba afortunado por haber podido echar un vistazo tras el velo de la apariencia, por investigar los aspectos más ocultos del saber y la realidad. Mi pasión por la alquimia me había abierto las puertas del fascinante mundo de la transmutación de los minerales, gracias a pasar horas y horas ahumándome en el pequeño laboratorio de casa. Las disparatadas cazas del tesoro en compañía de mi amigo Sante —un marinero maltés jubilado, completamente chiflado y apasionado de la arqueología esotérica— me habían llevado a descubrir objetos misteriosos y restos de civilizaciones perdidas. Por último, mi pertenencia a la masonería me había introducido en las más variadas doctrinas herméticas.

Suficiente. Ahora quería estar tranquilo un tiempo, dedicarme a mi trabajo y sobre todo a mi mujer.

Sin embargo, la pequeña aventura de esa mañana me había devuelto toda la inquietud y la tensión que sintiera durante esas peligrosas incursiones en el esoterismo.



El comportamiento de la chica, y sobre todo la nota que me metió en el bolsillo, habían empezado a estimular mi sexto sentido.

Al no saber qué hacer pensé en contárselo todo a Oscar, mi amigo del alma y comisario de policía, así que marqué su número de móvil. Una voz electrónica me informó de que el número no estaba disponible, así que intenté llamar directamente a la comisaría.

El operador acabó con toda esperanza.

—Lo siento, pero el señor Franchi no está en el edificio, ¿puedo dejarle un mensaje?

—Limítese a decirle que Lorenzo Aragona lo está buscando.

No había nada que hacer: tenía que tomar una decisión por mi cuenta. No quería decirle lo de la nota a Bruno, pues me tomaría por loco al saber que estaba dispuesto a dar crédito a una tipa que se había esfumado justo después de que la arrollase.

Efectivamente, debería pasar del tema. Tenía toda la pinta de ser una broma.

Cuando Bruno regresó en su rostro anguloso se leía su clásico aplomo. La preocupación que había visto aparecer en sus ojos, y a la que no estaba acostumbrado, se había disipado.

—¿Todo bien? ¿Ha pasado alguien? ¿Llamadas?

Negué con la cabeza.

—Todo tranquilo, parece que sin ti no se mueve nada ni nadie.

—Sí, sí, tú riéte...

Bruno se sentó a su escritorio y empezó a hacer llamadas y poner al día sus datos. Yo, en cambio, no podía disimular mi agitación: me levantaba constantemente y deambulaba por el local, entre muebles y objetos expuestos. Había decidido no acudir a la cita, pero era inevitable pensar en el accidente, en la chica y en esa frase: «Es de vital importancia para usted».

Al final, a las 18:15 en punto, salí de la galería.

—Hasta mañana, socio, me voy a mi casa. No te quedes hasta tarde, para variar.

—Sé que tú ni siquiera contemplas esa posibilidad, pero alguien tiene que ordenar los papeles. Mañana nos vemos.

Me subí al coche y puse rumbo a Piazza dei Martiri, para luego atravesar Via dei Mille y tomar Via del Parco Margherita. Casi había llegado al cruce con Corso Vittorio Emanuele cuando un enorme *jeep* negro, aparcado en el lado derecho de la calle, arrancó de golpe y se incorporó justo delante de mí, avanzando muy lentamente. Tras unos segundos perdí la paciencia y empecé a tocar el claxon; el *jeep* se detuvo del todo.

«¿Pero qué coño...?!».

La puerta del conductor se abrió y de ella salió una mujer vestida completamente de negro, con un gorro calado en la cabeza. Se acercó a grandes zancadas a mi ventanilla, se inclinó y me miró a los ojos.

Era la chica de la moto. Esta vez tampoco pude abrir la boca. Se llevó de nuevo un dedo a los labios, acallándome, y con un gesto rápido dejó otro papelito en el salpica-



dero. Luego volvió a su coche y se alejó. Aquello empezaba a cansarme. Arranqué y, mientras conducía, abrí el trozo de papel para leer el mensaje.

Entre en el aparcamiento a la derecha del hotel Parker's, me encontrará allí. Aparque al lado del *jeep* negro. No use el teléfono. Pase lo que pase, ¡no hable bajo ningún concepto!

Esa búsqueda del tesoro me estaba poniendo de los nervios, pero decidí seguir las nuevas instrucciones: tenía que hablar cara a cara con la joven y comprender qué diablos quería. Entré en el aparcamiento, situado a pocos metros del cruce, cogí el tique emitido por la máquina de la entrada y, al fondo de ese espacio amplio, vi el enorme *jeep* negro. Aparqué y apagué el motor; solo tuve que esperar un par de segundos para oír abrirse la puerta a mi espalda. Me dispuse a girarme, pero una mano presionada contra la boca me paralizó, impidiéndome hablar y moverme, al tiempo que otra mano me ponía frente a los ojos la pantalla de un móvil con el texto:

No hable, lleva micrófonos encima. No quiero hacerle daño. Desnúdese por completo y póngase la ropa que voy a dejar en el asiento del copiloto.

Llegados a ese punto no tenía más remedio que seguir las instrucciones: pensé que quizá había una pistola apuntándome a la espalda y la idea no me hacía estar tranquilo, por así decirlo.

Con cierta vergüenza, me cambié a toda prisa y esperé. Otro mensaje tecleado en el móvil me dio las siguientes instrucciones.

Salga del coche y entre directamente en el asiento trasero del *jeep*.

Hice lo que me decía y, tras unos segundos, la puerta del conductor se abrió.

—Ahora podemos hablar, pero espere un momento, quiero salir de aquí —me dijo con una voz cálida y profunda que delataba un ligero acento extranjero.

Se puso en marcha, introdujo el tique en la máquina y la barra se levantó. Enfiló a gran velocidad Corso Vittorio Emanuele en dirección a la zona de Mergellina. Las luces del golfo, a nuestra izquierda, pasaban rápidamente en esa fría noche partenopea.

—Tenemos poco tiempo, señor Aragona. No se imagina cuánto llevo buscando la forma de hablar con usted. Estudio sus movimientos desde hace semanas.

—Muy amable por su parte darme esa información, pero la verdad es que estoy muy cabreado. ¿Qué es esto, un secuestro? ¿Quiere dinero? ¿Qué coño está buscando?

—En absoluto. Me llamo Anna Nikitovna Glyz, soy rusa. Estudié en Italia, de ahí que hable su idioma. Voy a decirle unas cuantas cosas, todo lo que sé, pero le ruego que me tome en serio.

Intentaba descubrir sus rasgos a través del espejo retrovisor, pero estaba demasiado oscuro y solo podía in-

tuirlos. En cualquier caso, debía de ser preciosa, con el pelo rubio ligeramente ondulado y esos maravillosos ojos entre azules y verdes.

Miró al espejo y, sin andarse con rodeos, dijo:

—Su vida es una farsa, señor Aragóna.

Solté una risita.

—Claro, faltaría más.

—Escúcheme, por favor. No sé cuánto tiempo podré despistarlos.

—¿Despistar a quién, si se puede saber? ¿Quiere dejar ya el teatro?

—Créame, no estoy de broma. Su vida es como un *reality*: su mujer, su socio, su casa, su tienda. Todo es mentira. Le están engañando.

—¿Quién me está engañando, señorita? ¿Quién es usted?

El *jeep* llegó a la estación de Mergellina, siguió hasta Piazza Sannazaro, rodeó la fuente con la estatua de Parténope y volvió hacia Corso Vittorio Emanuele.

—Escúcheme, tengo que marcharme. Póngase en el asiento del conductor sin salir del coche; ya tienen que estar sospechando, pero aún podemos confundirlos. Regrese al aparcamiento, deje este coche, súbase al suyo y vuelva a ponerse su ropa.

—Un momento, ¿qué significa que tiene que marcharse? ¿Va a dejarme así? ¿Sin explicaciones?

La joven aparcó frente a la estación de trenes de Mergellina y antes de salir se giró hacia mí. Era preciosa, de una belleza sin concesiones, sin defectos. Su cara era, sencillamente, perfecta: un óvalo regular, labios carnosos,

cejas perfiladas, nariz recta y proporcionada. Por una fracción de segundo me hizo olvidar la situación absurda en la que me encontraba.

—Señor Aragona, ¿hay algo que tome usted todos los días? Me refiero a algo que coma, que beba sistemáticamente, siempre a la misma hora.

—Pues muchas cosas, la verdad...

—Algo insólito, no el café, ni su bebida favorita. Piénselo bien y, desde esta noche, procure no volver a tomarlo. Pero no deje que la mujer que usted cree su esposa se percate. Actúe con naturalidad. Volverá a tener noticias de mí.

Sin darme tiempo para rebatir, abrió la puerta y se esfumó rumbo a la estación.

Me quedé unos segundos anonadado, intentando asimilar lo que me había dicho. De repente me parecía que todo el mundo me estaba mirando fijamente. Pero me dije que era imposible. Entonces volví a pensar que la chica podía habérselo inventado todo; a lo mejor quería deshacerse de ese *jeep* robado y había buscado una forma extravagante de hacerlo. Esa reflexión me puso aún más nervioso, y decidí que lo mejor era llevar el coche al aparcamiento lo antes posible. Me deslicé al asiento del conductor y puse rumbo al hotel Parker's.

Volví a mi coche, me puse mi ropa y me dirigí rápidamente a casa. Sin embargo, en el trayecto la tensión no hizo más que aumentar: ¿cómo iba a comportarme con mi mujer? Las palabras de Anna, suponiendo que ese fuera su verdadero nombre, habrían dejado de piedra a cualquiera. ¿Cómo podía volver a casa y hacer como si nada?



El accidente de moto falso, los mensajes, el cambio de coche y esa frase: «Su mujer, su socio, su casa. Todo es mentira». Sonreí.

«Venga, Lorenzo, esa muñequita rusa quería divertirse un poco», me dije.

Ya casi había llegado. Aunque no era una persona particularmente atenta al conducir, esa noche miraba cada dos por tres por el espejo retrovisor y en todas las direcciones, intentando comprobar si alguien me estaba siguiendo. No noté nada raro, así que, tras inspirar profundamente y sacudir la cabeza para librarme del recuerdo de esa experiencia extraña, entré por la puerta principal.

—Arti, soy yo.

—Hola —respondió mi mujer desde la cocina, con voz tranquila.

Me acerqué a ella y vi que estaba preparando albóndigas griegas.

—Hola, cariño, ¿cómo estás?

—Bien, ¿y tú? Me he enterado de lo del accidente.

Me puse blanco. No habíamos hablado en toda la tarde, ¿cómo podía saberlo?

—¿Accidente?

—Sí, Bruno me ha dicho que has atropellado a alguien esta tarde.

¡Claro!, había hablado con Bruno.

—Ah, no ha sido nada. Una chica ha salido de un edificio sin mirar y le he dado un toque. Pero no se ha hecho nada, menos mal.

Arti me clavó esos ojos de gata, como si quisiera introducirse en mi cabeza. ¿Estaría intentando desenmas-

carar esa verdad a medias? Tras un instante apartó la mirada y volvió a ocuparse de la cena.

—Mejor que mejor. Estoy preparando *biftekia*, así que todavía me falta una media horita.

—Vale, sin prisas.

—Mientras tanto podrías echarle por fin un vistazo a esa caja de antiguallas que dejé en tu estudio hace unos días.

—Sí..., una idea fantástica.

La enorme caja colocada sobre la alfombra del estudio estaba llena de objetos acumulados a lo largo de cuarenta años. Àrtemis decía que la había dejado ahí unos días antes, pero yo no me acordaba. Entre libros y tebeos viejos, relojes rotos y otros objetos inútiles, había también algunos juguetes a los que estaba muy apegado. Àrtemis sabía que les tenía mucho cariño, y verlos ahí, listos para ir a la basura, me molestó un poco.

Había soldaditos futuristas con armas y vehículos de combate, robots *transformer*, un sobre con piezas de Lego y un juguete que había olvidado, al que estaba muy unido de niño: un muñeco de Spiderman con los brazos imantados.

¡Qué alegría volver a verlo! Pensaba que lo había perdido. Mientras seguía mirándolo, vi un destello frente a mis ojos, seguido inmediatamente de una imagen, una especie de fotograma rapidísimo donde se superponían rostros y lugares. Esa suerte de visión duró tan solo unos instantes, hasta que de la multitud confusa emergió una figura nítida y única, el rostro de un ser querido que no logré identificar. Ese hombre, con los rasgos de un viejo



de mirada serena, intentaba decirme algo. No comprendí el sentido de sus palabras, pero me chocó el símbolo que aparecía a intermitencias sobre su cara; un símbolo exactamente igual al que se usa en alquimia para representar la sal común o el verdete. Una rueda radiada.



Parpadeé varias veces. La visión se desvaneció y volví a tener delante el muñeco de Spiderman. Pero cuando levanté los ojos vi a Àrtemis, inmóvil en el umbral, mirándome fijamente sin decir nada, con un brillo extraño en la mirada.

—¿Y? ¿Cómo va la cosa?

—Bien... Hay varios juguetes que me gustaría conservar.

—Claro, claro, los puse todos juntos porque a lo mejor hay alguno que ya no te interesa. Sé que sigues siendo un niño.

—Es que son recuerdos. Mira, mi viejo Spiderman, no lo encontraba.

—Solo tenías que preguntarme. El problema es que eres desordenado.

—Sí, sí, vale. Lo ordenaré todo. ¿Está ya la cena?

—A las albóndigas les faltan veinte minutos —dijo, dejando un plato con feta y olivas en el escritorio. Entonces se acercó y empezó a rozarme con su cuerpo, repentinamente sensual; me metió una oliva en la boca y tuve que tragármela sin más remedio—. Pero te he traído un aperitivo. ¿Lo quieres, eh? ¿Quieres mi aperitivo?

—Hombre... Sí...

Su pasión me pilló desprevenido y, sin duda, de haber tenido otro estado de ánimo, me habría abandonado sin titubeos. Pero en ese momento estaba trastornado: las palabras de Anna, a las que había decidido no dar crédito, habían vuelto a arder en mi cabeza, mientras ese símbolo enigmático centelleaba frente a mis ojos y el sabor de la oliva me hacía pensar que no debería habérmela comido. La efusividad de Ártemis era cada vez más intensa, casi salvaje, y no pude resistir. De un empujón me tumbó en el sofá y me desabrochó los pantalones a toda prisa. Era casi agresiva. Empleó mucho más tiempo en quitarse la blusa, para hacer crecer mi excitación. Con los senos desnudos, empezó a tocarse de una manera provocadora y del todo insólita.

«Su mujer, su socio, su casa, su tienda. Todo es mentira». Esas palabras estallaron literalmente en mi cabeza, mientras las manos y la lengua de Ártemis estaban por doquier, envolviéndome en una vorágine de pasión familiar. Sus movimientos eran tan sensuales que mi excitación creció sobremanera, y con ella el eco ensordecedor de las palabras de Anna.

«Todo es mentira. Todo es mentira. Todo es mentira». Era como una cantinela silabeada rítmicamente por



los movimientos de mi mujer, que disfrutaba cual ménade sobre mí. Yo, que hasta ese momento me había sometido a esa oleada casi asoladora de pasión, decidí tomar la iniciativa y ser más osado. Intenté recordar cómo era hacer el amor con ella, si esa era su forma habitual de recibir y dar placer, pero mi cabeza era un puzle de imágenes confusas. Solo tenía una certeza: ese ardor era insólito.

«No, no puede ser... Arti es más delicada, más romántica... Estoy seguro», pensé.

Decidí seguirle el juego. Al menos tenía que ver hasta qué punto podía atreverme. Me incorporé y me levanté. Ella se puso a cuatro patas, invitándome con violencia a poseerla por detrás. Obedecí y su furia no hizo sino aumentar. Al final ya no supe controlarme.

Estallé sin poder detenerme hasta que, extenuado, me desplomé sobre el sofá. Ella se levantó y, desnuda, jadeante, mojada, me miró fijamente. Era Àrtemis, sí, pero en esos ojos de loba hambrienta las palabras pronunciadas por Anna, esas que unas horas antes me habían ofendido, adquirieron un significado diverso.

Sin embargo, bastaron pocas horas para quitarme completamente esa idea de la cabeza.